

Índice

Capítulo 1. El combate con Lianta.....	11
Capítulo 2. La maldición del rollo de mermelada	21
Capítulo 3. ¿Es un pájaro? ¿Es un avión? ¿Es Superlombriz?.....	31
Capítulo 4. ¡Ha sido dragón!.....	39
Capítulo 5. Tomtom y Jerry.....	45
Capítulo 6. Cholita Banana.....	53
Capítulo 7. Dónuts y <i>crumble</i> de fruta del dragón.....	61
Capítulo 8. Un cansancio muy rancio	69
Capítulo 9. La patrulla cacuna, los pececillos y las tortugas ninja	79
Capítulo 10. Por qué nunca deberías llevar un dragón en la mochila	85
Capítulo 11. Silencio, por favor. Gritad bajito.	95
Capítulo 12. Un regalo para Liam.....	103
Capítulo 13. Babosas y superhéroes.....	109
Capítulo 14. Bienvenidos a Crujilandia	117
Capítulo 15. ¡Bingo!	125

Capítulo 16. Observación de murciélagos	133
Capítulo 17. Más Aromas.....	139
Capítulo 18. No metas los ojos donde no te importa	147
Capítulo 19. Café con sorpresa.....	153
Capítulo 20. Una idea brillante	161
Capítulo 21. La larga espera	169
Capítulo 22. Operación Eclosión	175
Capítulo 23. El ataque de la hoja asesina	183
Capítulo 24. Aquí hay dragones.....	191
Capítulo 25. Gran Maestro Mayor de los Dragones	197
Capítulo 26. ¡Abu tiste!.....	203
Capítulo 27. Repollos en llamas	213
Agradecimientos	231



Cuando alguien me pregunta qué se cría en el huerto de mi abuelo, supongo que espera que le responda cosas como «pepinos», «tomates» o «judías verdes». Pero seguro que nadie espera que diga «dragones». Y, sin embargo, es así: criamos dragones. Y una cosa está clara: son mucho más complicados que los pepinos.

Cosas que no hacen los pepinos:

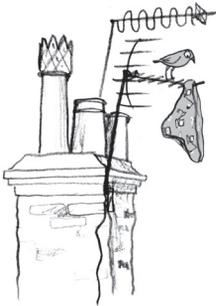


Caca en los copos de avena de tu padre.



Chamuscarte las cejas.

Hacerse un nido la mar de cómodo destrozando todas las recetas que tu madre tenía ordenadas alfabéticamente.



Colgar de la antena de la tele tus calzoncillos (los de dibujitos de excavadoras, glups).

Perseguir a tu gato.



Lanzarle repollos a tu gato.

Tomar a tu gato por un toro de rodeo.



Despertarte cada día a las cuatro de la madrugada clavándote sus afiladas garras en la frente.

Prenderte fuego al cepillo de dientes CUANDO AÚN LO TENÍAS EN LA BOCA.



Claro que tampoco tienen escamas que ondean resplandecientes como olas del mar bajo el sol. Ni ojos brillantes cuya mirada te atraviesa hasta el corazón. Ni se posan sobre tu hombro, enroscando la cola, abrigándote el cuello y haciéndote cosquillas en la oreja con su cálido aliento.

No, los pepinos no hacen nada de todo eso. Bueno, al menos ninguno de los que yo he conocido; a lo mejor algún pepino espacial mutante radioactivo sí, pero no la variedad habitual que se cría en los huertos. Sin embargo, los dragones... los dragones son harina de otro costal.

Entonces, ¿quién querría criar dragones? ¡Qué pregunta tan tonta, ¿verdad?! Ahora en serio, ¿quién en su sano juicio contestaría que no? Yo no, desde luego. Y vosotros... yo diría que vosotros tampoco, por la cara que ponéis.

Ahora bien, si queréis criar dragones, tenéis que saber en qué os metéis. Sí, seguro, los dragones son ardientes, fantásticos y deslumbrantes, pero no siempre es tan divertido. Para nada. Y no lo digo solo por las llamas y la caca inflamable. Qué va.

Y por eso, queridos buscdragones incansables, escribo esto que escribo. Para que al menos vosotros podáis andar con los ojos bien abiertos. Porque, creedme, os conviene llevarlos muy, pero que muy abiertos.

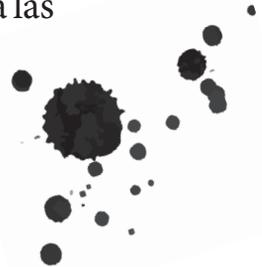
El combate con Lianta

Todo empezó hará cosa de un año. Y fue por culpa de mi abuelo. Bueno, de mi abuelo y de las tartaletas de mermelada. Estaba yo chupándome los dedos tras acabar una cuando dijo:

—Deberíamos cultivarlas, bichillo.

—¿Las tartaletas de mermelada? —pregunté.

—Las frambuesas —dijo sonriendo—. Podríamos hacer nosotros la mermelada para las tartaletas de la abuela. Y mezclarlas y todo: fresas y moras, grosellas y frambuesas... Piensa en todas las posibilidades, estarían buenísimas.



Enseguida me lo imaginé: una tartaleta gigante de mermelada con secciones de distintos colores, como una pizza de varios sabores.

—Y otras cosas también —prosiguió mi abuelo interrumpiendo mis ensoñaciones mermeladeras—: rábanos, judías, cebollas, coliflores... podríamos plantar de todo.

De pronto la idea ya no me parecía tan buena. Mermelada de fresa y coliflor? ¡Puaj! Como si no hubiera bastante con mi madre obligándome a lo de las cinco raciones diarias de fruta y verdura. Un día hasta coló fruta deshidratada en sus barritas de cereales... ¡creyendo que no me enteraría, con lo buenas que son siempre!

Pero mi abuelo no es de los que tienen una idea y luego la dejan escapar. De manera que el sábado por la mañana ya nos veis a los dos en el fondo del jardín, embarrados hasta el cuello, cavando y limpiando lo que a mí me parecía una selva gigantesca. Tanto que empezaba a entender por qué mi madre me había ofrecido provisiones para mi «viaje al Amazonas». Sin las zarzas y las ortigas, el jardín de mis abuelos era casi el do-

ble de grande y llegaba hasta los campos del otro lado.

—Llevo queriéndome meter en esto a fondo desde que nos mudamos aquí —me dijo mi abuelo, que había parado a recobrar el aliento—, pero, entre una cosa y otra, se ve que nunca he encontrado el momento.

Dejé de cavar y paseé la pala sobre un terrón de barro seco. Ya sé que no sabéis a qué se refería mi abuelo, pero yo sí. Yo sabía a qué se refería exactamente con lo de «entre una cosa y otra».

—Lo siento —mascullé. Porque lo sentía de verdad.

Mi abuelo descansó los brazos sobre la pala y se inclinó hacia mí. Antes de seguir, hay algo que deberíais saber sobre mi abuelo: brilla. Sé que suena raro, pero es que es así. Y no lo digo en el sentido de que es una persona brillante porque es admirable o sobresaliente, no. Yo hablo de brillo físico, tal como suena. Y en aquel momento mi abuelo empezó a proyectar ese brillo hacia mí, hasta que sentí como su calidez invadía todos los rincones de mi cuerpo. Como si estuviera sentado ante la chimenea más cálida del mundo.

—A ver, bichillo, ¿cuántas veces tengo que decir-
telo? ¿Qué hacen las familias?

Sonreí.

—Formar equipo y ayudarse.

—Pues eso —contestó sonriendo—. Un poco
como la mermelada y la tartaleta. ¡Y ahora dale a
la pala!



Y eso hice. Donde más costaba cavar fue en tor-
no a una planta que mi abuelo llamaba «lianta»,
que se enredaba en todo y se aferraba a raíces, bro-
tes y arbustos como si le fuera la vida.

No tardó nada en convertirse en un combate
a muerte: niño contra planta. Y durante un rato
pareció que la malvada Jefa Suprema Lianta iba a
salir vencedora,

Pero cavé. Y rastrillé. Y estiré. Y estiré aún más
fuerte. Hasta que solo quedó un trozo de tierra... y
la planta más rara que había visto en la vida.

Era más alta que yo y no habría podido rodear
ni la mitad de su tronco con mis manos llenas de
ampollas. Pero es que además quedaba oculto tras

un montón de brazos de cactus verdes y largos que caían cubriéndolo.

—Parece un mocho gigante al revés —dijo mi abuelo—. Solo que verde y con pinchos y hasta con nudos.

El caso es que tenía razón.

De algunos de los brazos de cactus brotaban como llamas unos radiantes zarcillos de color amarillo y naranja. Y cada uno de ellos cobijaba un fruto. Algunos eran grandes y rojos y parecían a punto de abrirse y otros eran pequeños y verdes, como si no estuvieran maduros. Pero todos tenían unas extrañas hojas puntiagudas como las escamas de la piña. Como no se parecían a nada de lo que yo había visto hasta entonces en el cuenco de fruta de casa, acerqué la mano para tocarlos.

Vi que uno de los frutos más pequeños ya se había vuelto rojo, pero el zarcillo al que estaba unido se estaba hundiendo bajo el peso de varios frutos más grandes que colgaban encima. Lo levanté con suavidad y lo desplazé a un lado para que tuviera más espacio. Y en ese momento vi algo aún más extraño.





—Abuelo—llamé—, esto está brillando. Como aquellas luciérnagas, ¿te acuerdas? Papá explicó que era por la biolumonosecuan-tos. Dijo que algunas medusas también lo hacen.

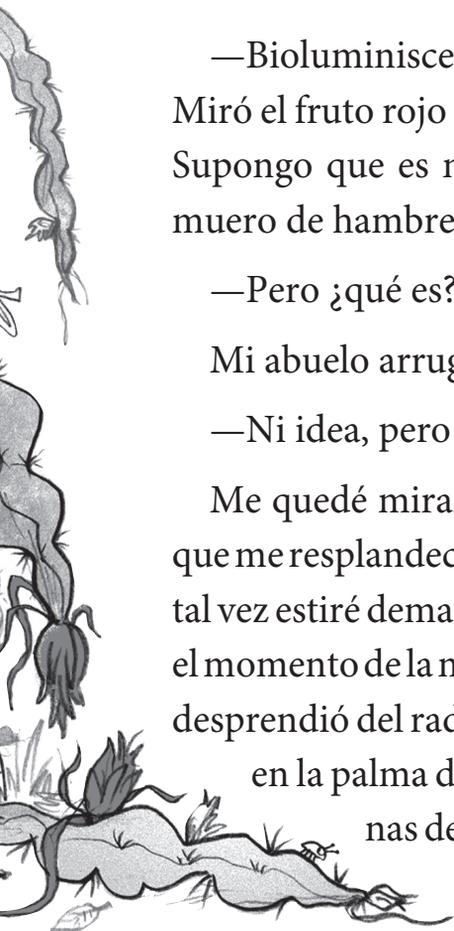
—Bioluminiscencia —me corrigió mi abuelo. Miró el fruto rojo y le pasó un dedo por encima—. Supongo que es moho. Vamos, bichillo, que me muero de hambre.

—Pero ¿qué es? —pregunté.

Mi abuelo arrugó la nariz.

—Ni idea, pero ya lo arrancaremos mañana.

Me quedé mirando el fruto rojo y con escamas que me resplandecía en las manos. Y no sé si porque tal vez estiré demasiado o porque coincidió que era el momento de la maduración, pero el caso es que se desprendió del radiante zarcillo. Y cuando me lo vi en la palma de la mano, no sentí ningunas ganas de arrojarlo al montón de quemar.



Así que me lo puse bajo el brazo y entré en la casa tras mi abuelo.



Más tarde, cuando llegué a mi casa, deposité el fruto con escamas de piña sobre mi escritorio y escribí «fruta extraña con pinchos» en el buscador del ordenador. Empezaron a abrirse imágenes y enseguida lo vi, junto al durián (que por lo visto huele a caca, menos mal que no fue ese el que encontré). No, el otro era grande como un mango, rojo y con hojas puntiagudas como las escamas de la piña. Era claramente lo que yo tenía delante. Hice clic en la imagen para leer el pie de foto:

«Pitahaya o fruta del dragón».

¡Sip!

Claro, para vosotros ahora es fácil. Porque ya sabéis que en algún momento va a salir un dragón. Pero yo no sabía nada de nada. Si alguien te da un pastelito con cabello de ángel no esperas ver aparecer al ángel, ¿verdad?

Por eso no me puse a dar saltos de alegría y a exclamar: «¡Oleee! ¡Voy a tener un dragón!». Me limité a dejarlo sobre la mesa y bajé a cenar.

Quizá no fue la mejor de las ideas. Por lo que pasó después, claro.

Título original en inglés

The Boy who Grew Dragons

© del texto: Andy Shepherd

© de las ilustraciones: Sara Ogilvie

Edición de Piccadilly Press, Londres, 2018

© del texto: Andy Shepherd, 2018

© de la traducción: Isabel Llasat Botija, 2019

© de las ilustraciones: Sara Ogilvie, 2018

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L. 2019

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-9743-879-7

DL: L 879-2019

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.